

1

Cuatro de nosotras estuvimos confinadas en el sótano los primeros treinta y dos meses y once días de nuestro cautiverio. Y luego, de golpe y sin previo aviso, fuimos tres. Aunque la cuarta chica llevaba varios meses sin hacer ningún ruido, la habitación quedó muy en silencio cuando se fue. Después, durante mucho tiempo, estuvimos sentadas sin decir nada, a oscuras, preguntándonos cuál de nosotras sería la siguiente en ocupar la caja.

Jennifer y yo, precisamente, no deberíamos haber acabado en aquel sótano. Nosotras menos que nadie. No éramos las típicas chicas de dieciocho años que se saltan todas las precauciones en cuanto las dejan sueltas por primera vez en un campus universitario. Nos tomábamos muy en serio nuestra libertad y poníamos tanto cuidado en controlarla que ya casi no existía. Sabíamos mejor que nadie lo que había allí fuera, en el ancho mundo, y no pensábamos dejarnos atrapar.

Habíamos pasado años estudiando y documentando metódicamente cada peligro que podía afectarnos en algún momento de nuestras vidas: avalanchas, enfermedades, terremotos, accidentes de circulación, sociópatas y animales salvajes. Todo lo malo que podía acecharnos más allá de nuestras ventanas. Creíamos que nuestra paranoia nos protegería. A fin de cuentas, ¿qué probabilidades había de que dos chicas tan versadas en desastres fueran presas de alguno de ellos?

Para nosotras no existía el destino. Era un término al que recurrías cuando no te habías preparado, cuando te descuidabas, cuando dejabas de prestar atención. Era la muletilla de los débiles.

Nuestra cautela, que a finales de la adolescencia rozaba ya lo maniático, había empezado seis años antes, cuando teníamos doce. Un día de enero de 1991, frío pero soleado, la madre de Jennifer nos llevó a casa en coche desde el colegio, como hacía un día sí y otro no. Ni siquiera recuerdo el accidente. Sólo recuerdo emerger lentamente hacia la luz al ritmo del monitor cardíaco, cuyo pitido constante y confortador reproducía el ritmo de mi pulso. Después, durante muchos días, me sentía a gusto y completamente a salvo cuando me despertaba, hasta el momento en que se me encogía el corazón y mi mente se ponía al día de lo ocurrido.

Jennifer me diría después que ella sí se acordaba con toda viveza del accidente. Su recuerdo era típicamente postraumático: un sueño brumoso y a cámara lenta, con luces y colores que se juntaban y se arremolinaban en una especie de fulgor operístico. Nos dijeron que teníamos suerte por haber resultado sólo heridas de gravedad y haber sobrevivido a la UCI, con su nebulosa sucesión de médicos, enfermeras, agujas y tubos, y a cuatro meses de rehabilitación en una desnuda habitación de hospital, con la CNN bra-mando de fondo. La madre de Jennifer no tuvo tanta suerte.

Nos pusieron en la misma habitación, aparentemente para que nos hiciéramos compañía durante la convalecencia y, como me dijo mi madre en voz baja, para que yo ayudara a Jennifer a superar su pena. Pero yo sospechaba que había también otro motivo, y era que el padre de Jennifer, que estaba divorciado de su madre y era un borracho al que procurábamos evitar, se quitó un peso de encima cuando mis padres se ofrecieron a turnarse para estar con nosotras. En todo caso, a medida que nuestros cuerpos se curaban, nos fueron dejando cada vez más tiempo solas, y fue entonces cuando empezamos nuestros diarios, para pasar el rato, nos decíamos, aunque seguramente en el fondo las dos sabíamos que era, en realidad, para intentar convencernos de que ejercíamos cierto control sobre un universo injusto y bárbaro.

El primero fue una simple libretita sacada de la mesilla de noche del hospital con el membrete «Jones Memorial» impreso

en letra románica mayúscula en la parte de arriba de las hojas. Pocas personas se habrían dado cuenta de que era un diario, lleno como estaba de listas de calamidades que veíamos por televisión. Tuvimos que pedirles a las enfermeras tres libretas más. Debieron de pensar que nos entreteníamos jugando al ahorcado o a las tres en raya. En cualquier caso, a nadie se le ocurrió cambiar de canal.

Cuando salimos del hospital, nos pusimos a trabajar en serio en nuestro proyecto. En la biblioteca del colegio encontramos anuarios, revistas médicas y hasta un libro de tablas actuariales de 1987. Reunimos datos, los pasamos al ordenador y los archivamos, rellenando línea tras línea con la cruda verdad acerca de la vulnerabilidad humana.

Los diarios se dividían en principio en ocho categorías básicas, pero al crecer fuimos descubriendo con horror que había muchas cosas peores que los ACCIDENTES DE AVIÓN, los ACCIDENTES DOMÉSTICOS y el CÁNCER. En medio de un silencio sepulcral y tras cuidadosa reflexión, estando sentadas en el poyete alegre y soleado de la ventana de mi luminosa habitación de la buhardilla, Jennifer escribió los nuevos encabezamientos con su rotulador de punta fina, en letra mayúscula de color negro: SECUESTRO, VIOLACIÓN y ASESINATO.

Las estadísticas nos reconfortaban tanto... A fin de cuentas, saber es poder, y nosotras sabíamos que teníamos una posibilidad entre dos millones de morir en un tornado; una entre 310.000 de morir en un accidente aéreo; y una entre medio millón de que nos matara un asteroide que chocara contra la Tierra. En nuestra rocambolesca noción de la probabilidad, el solo hecho de haber memorizado esta tabla infinita de cifras mejoraba nuestras posibilidades. Pensamiento mágico, lo llamarían más adelante nuestros terapeutas, el año después de que un día, al volver a casa, me encontrara nuestros diecisiete diarios amontonados sobre la mesa de la cocina y a mis padres allí sentados, esperando con lágrimas en los ojos.

Para entonces yo tenía dieciséis años y Jennifer se había venido a vivir con nosotros porque su padre estaba en la cárcel después de que lo pillaran por tercera vez conduciendo bebido. Cuando íbamos a visitarlo, tomábamos el autobús porque habíamos llegado a la conclusión de que era poco seguro conducir a esa edad. (Tardaríamos un año y medio más en sacarnos el permiso de conducir.) A mí su padre nunca me había gustado, y resultó que a ella tampoco. Ahora que lo pienso, no sé por qué íbamos a verlo, pero el caso es que íbamos como un reloj el primer sábado de cada mes.

Él prácticamente no hacía otra cosa que mirarla y llorar. A veces amagaba con empezar una frase, pero nunca llegaba muy lejos. Jennifer ni pestañeaba, se limitaba a mirarlo con la cara más inexpresiva que yo le he visto nunca, incluso cuando estábamos allá abajo, en aquel sótano. Nunca se hablaban, y yo me sentaba un poco apartada y me removía incómoda en la silla. De su padre era de lo único de lo que Jennifer no me hablaba nunca, ni una palabra, así que me limitaba a cogerla de la mano durante el trayecto de vuelta a casa, cada vez, mientras ella miraba en silencio por la ventanilla.

El verano antes de empezar los estudios en la Universidad de Ohio, nuestra angustia alcanzó un punto febril. Pronto dejaríamos mi habitación de la buhardilla, que compartíamos, para adentrarnos en la vastedad de lo desconocido: un campus universitario. Para prepararnos, hicimos la «Lista prohibida» y la colgamos detrás de la puerta de nuestro cuarto. Jennifer, que tenía insomnio, se levantaba a menudo de madrugada para añadirle algo: nunca ir a la biblioteca del campus sola de noche, nunca aparcar demasiado lejos de nuestro destino, nunca confiar en un desconocido con una rueda pinchada. Nunca, nunca, nunca.

Antes de marcharnos llenamos cuidadosamente un baúl con los tesoros que habíamos coleccionado a lo largo de los años, en Navidades y cumpleaños sucesivos: mascarillas, jabón antibacte-

riano, linternas, aerosol de pimienta. Elegimos una residencia en un edificio bajo para que, en caso de incendio, pudiéramos saltar fácilmente por la ventana. Estudiamos minuciosamente el plano del campus y llegamos con tres días de antelación para inspeccionar los caminos y las aceras y valorar en persona el alumbrado, la visibilidad y la cercanía de los espacios públicos.

Cuando llegamos a la residencia, Jennifer sacó sus herramientas antes incluso de que deshicieramos las maletas. Hizo un agujero en un lateral del marco de nuestra ventana y yo metí en la madera unas varillas de metal pequeñas pero resistentes para que no pudiera abrirse desde fuera ni aunque el cristal estuviera roto. Guardábamos una escalerilla de cuerda junto a la ventana, además de un juego de alicates para sacar las varillas metálicas por si teníamos que escapar a toda prisa. Conseguimos un permiso especial del servicio de seguridad del campus para poner una cerradura en nuestra puerta. Como toque final, Jennifer colgó cuidadosamente la «Lista prohibida» en la pared, entre las dos camas, y contemplamos satisfechas nuestra habitación.

Puede que al final el universo nos jugara una mala pasada como castigo. O puede que los riesgos de vivir en el mundo exterior fueran sencillamente mayores de lo que habíamos calculado. Supongo, en cualquier caso, que nos salimos de nuestros propios límites al intentar llevar una vida universitaria aparentemente normal. La verdad era, lo pensé después, que sabíamos que era un error. Pero al mismo tiempo el atractivo de lo corriente resultó demasiado tentador. Íbamos a clase por separado, aunque tuviéramos que ir cada una a una punta del campus. A veces nos quedábamos en la biblioteca hablando con nuestros amigos nuevos hasta mucho después de hacerse de noche. Incluso fuimos a un par de fiestas organizadas por la universidad. Como cualquier chica normal.

De hecho, cuando llevábamos sólo dos meses allí empecé a pensar que podíamos comenzar a vivir como el resto de la gente.

Que quizá podíamos desprendernos de las preocupaciones de nuestra juventud y guardarlas a buen recaudo en cajas de cartón, en casa, igual que guardábamos otros recuerdos de la infancia. Pensé, lo que ahora me parece una traición de todo cuanto defendíamos, que tal vez nuestras obsesiones adolescentes eran sólo eso y que por fin estábamos madurando.

Por suerte nunca se lo dije a Jennifer ni mucho menos hice nada al respecto, de modo que, durante los días y las noches lúgubres que siguieron, pude perdonarme a medias el haberlo pensado. Éramos sólo un par de estudiantes que hacían lo que todos los estudiantes. Pero al menos podía consolarme pensando que habíamos seguido nuestros protocolos a rajatabla. Habíamos puesto en práctica, casi automáticamente, nuestras tácticas de defensa con precisión y contumacia militar. Cada día era un simulacro de seguridad constante. Cada actividad tenía su norma, su lista de comprobación estructurada en tres puntos y su plan de emergencia. Estábamos en guardia. Éramos precavidas.

Esa noche no fue distinta. Ya antes de llegar al campus nos habíamos informado de cuál de los servicios de taxis de la ciudad era el que tenía la menor tasa de accidentes y habíamos abierto una cuenta. Pedimos que nos pasaran el cobro directamente a nuestras tarjetas de crédito por si acaso algún día nos quedábamos sin efectivo o nos robaban la cartera. Después de todo, «No quedarse nunca tirada» era el punto número treinta y siete de la lista. Cuando llevábamos dos meses de curso, el tipo que atendía el teléfono ya reconocía nuestras voces. Sólo teníamos que darle la dirección de recogida y al poco rato un coche nos llevaba sanas y salvas hasta nuestro fortín en la residencia.

Esa noche fuimos a una fiesta privada fuera del campus. Fue la primera vez. A eso de las doce, cuando la cosa empezaba a ponerse interesante, decidimos que ya nos habíamos pasado suficiente de la raya. Llamamos al servicio de taxis y en tiempo récord llegó un destartalado sedán negro. No notamos nada raro hasta que estuvimos dentro del coche con el cinturón de

seguridad abrochado. Oía raro, pero no le di importancia: pensé que entraba dentro de lo que cabía esperar de una empresa de taxis local. Cuando llevábamos un par de minutos de trayecto, Jennifer se quedó dormida con la cabeza apoyada en mi hombro.

Ese recuerdo, el último de nuestra otra vida, se conserva en mi memoria envuelto en un perfecto halo de paz. Estaba contenta. Encaraba la vida, una vida real, con ilusión. Estábamos iniciando otro capítulo. Íbamos a ser felices.

Yo también debí de quedarme dormida porque cuando abrí los ojos estábamos en el asiento de atrás totalmente a oscuras y el brillo tenue de las estrellas había reemplazado a las luces de la ciudad. El sedán negro avanzaba velozmente por la carretera desierta, y allá delante sólo se distinguía un leve atisbo del horizonte. Aquel no era el camino a casa.

Al principio me entró el pánico. Entonces me acordé de la regla número siete de la «Lista prohibida»: «Nunca dejarse dominar por el pánico». Mentalmente, como en un fogueo, recordé el día paso a paso intentando en vano descubrir cuál había sido nuestro error. Porque tenía que haber algún error. Aquel no era nuestro «destino».

Me di cuenta con amargura de que habíamos cometido la equivocación más básica y fundamental. Todas las madres enseñan a sus hijos la misma sencilla norma de seguridad, la más obvia de nuestra lista: no subir nunca a un coche. En nuestra soberbia, habíamos creído que podíamos saltárnosla sólo un poquito gracias a nuestra lógica, a nuestras pesquisas, a nuestras precauciones. Pero era innegable que habíamos prescindido por completo de aquella norma. Habíamos sido unas ingenuas. Creíamos que otras mentes no podían ser tan calculadoras como las nuestras. No contábamos con que nuestro enemigo fuera la verdadera maldad y no la ciega probabilidad estadística.

Allí, en el coche, respiré hondo tres veces y durante un rato miré con tristeza la dulce cara dormida de Jennifer. Comprendí

enseguida que, por segunda vez en su corta existencia, al despertar se encontraría con que su vida había sido completamente transformada. Por fin, llena de miedo, agarré su hombro y la zarandee suavemente. Al principio me miró soñolienta. Me acerqué el dedo a los labios mientras sus ojos se enfocaban y comenzaba a cobrar conciencia de nuestra situación. Cuando vi aflorar una expresión de miedo y comprensión en su rostro, gemí casi audiblemente, pero me tapé la boca con la mano para ahogar el sonido. Jennifer había pasado por muchas cosas, había sufrido demasiado. No podría superar aquello sin mí. Tenía que ser fuerte.

No hicimos ningún ruido. Estábamos entrenadas para no actuar impulsivamente en caso de emergencia. Y estaba claro que aquello era una emergencia.

Veámos muy poco de nuestro secuestrador por la gruesa mampara de plástico traslúcido que nos separaba de él: pelo castaño oscuro, chaqueta de lana negra, unas manos grandes sobre el volante. En el lazo izquierdo del cuello, oculto en parte por la chaqueta, tenía un tatuaje pequeño que no alcancé a distinguir en la oscuridad. Me estremecí. El espejo retrovisor estaba colocado de tal modo que no veíamos casi nada de su cara.

Con todo el sigilo que pudimos, comprobamos los tiradores de las puertas. El seguro estaba echado. Los elevallunas tampoco funcionaban. Estábamos atrapadas.

Jennifer se agachó lentamente y recogió su bolso del suelo. Sin dejar de mirarme, rebuscó dentro en silencio. Sacó su aerosol de pimienta. Meneé la cabeza, consciente de que no nos servía de nada en aquel espacio hermético. Aun así, tenerlo nos hizo sentirnos más seguras.

Yo también hurgué en mi bolso, que tenía a los pies. Encontré un bote idéntico y una pequeña alarma de mano con botón anti-pánico. Tendríamos que esperar aterrorizadas, en silencio, sujetando con manos temblorosas nuestros aerosoles de pimienta, la frente sudorosa a pesar del frío de octubre que hacía fuera.

Inspeccioné con la mirada el interior del coche intentando idear un plan. Y entonces me di cuenta. En mi lado del coche, la mampara tenía unas pequeñas rendijas de ventilación que estaban abiertas, pero las del lado de Jennifer estaban conectadas a un aparato de fabricación casera hecho de goma y metal: varias válvulas unidas a un tubo que desaparecía de nuestra vista perdiéndose en el suelo delantero del coche. Me quedé muy quieta, mirando pasmada el complejo mecanismo. Tenía la mente acelerada, pero por un instante fui incapaz de formular un solo pensamiento coherente. Finalmente lo entendí.

—Va a drogarnos —le dije a Jennifer en voz baja.

Miré con tristeza el aerosol de pimienta que tenía en la mano, sabiendo que nunca llegaría a usarlo. Lo acaricié casi con amor y luego lo dejé caer al suelo y me quedé mirando fijamente aquel lugar por el que de un momento a otro llegaría nuestro destino fatal. Jennifer siguió mi mirada y comprendió al instante lo que significaba aquello. No había esperanza.

Él debió de oírme hablar porque unos segundos después un suave siseo nos anunció que estábamos a punto de sentir mucho sueño. Las rejillas de ventilación de mi lado se cerraron. Jennifer y yo nos cogimos de la mano con fuerza y con la otra mano nos agarramos a los lados del asiento de piel sintética mientras el mundo se iba apagando a nuestro alrededor.

Cuando volví en mí, estaba en el sótano oscuro que iba a ser mi hogar durante más de tres años. Todavía bajo los efectos de las drogas, fui despertando poco a poco e intenté centrar la mirada en el océano de grisura que se mecía ante mis ojos. Por fin conseguí enfocarlos, pero tuve que cerrarlos con fuerza para frenar el pánico que amenazaba con apoderarse de mí. Esperé diez segundos, veinte, treinta, y los abrí otra vez. Miré mi cuerpo. Estaba desnuda y encadenada a la pared por el tobillo. Un escalofrío me corrió por la espina dorsal, y se me revolvió violentamente el estómago.

No estaba sola. Había otras dos chicas allí, esqueléticas, desnudas y encadenadas a las paredes. Delante de nosotras estaba

la caja. Era un sencillo cajón de embalaje de madera, aproximadamente de metro y medio de largo por uno veinte de alto. Estaba colocado de tal manera que desde mi sitio no se veía su abertura, así que no pude distinguir cómo se cerraba. Una bombilla mortecina colgaba del techo, sobre nosotras. Se mecía ligeramente.

Jennifer no estaba por ninguna parte.

2

Trece años después, cualquiera que no me conociera (y, francamente, nadie me conocía) podía pensar que llevaba la vida de ensueño de una chica soltera en Nueva York. Que al final todo había salido bien. Que lo había superado. Que había sobrevivido al trauma.

Incluso todo aquel esfuerzo de adolescencia estudiando probabilidades había dado su fruto y ahora trabajaba como actuario en una empresa de seguros de vida, un empleo estable, aunque no muy glamuroso. Me parecía lógico en cierto modo trabajar para una empresa que se dedicaba a hacer apuestas sobre la muerte y los desastres. Y además me dejaban trabajar desde casa. Prácticamente el paraíso.

Mis padres no entendían por qué me había mudado a Nueva York tan pronto, mientras todavía estaba recuperándome y sobre todo teniendo en cuenta mis miedos. No entendían que me sentía mucho más segura sabiendo que más allá de mi puerta había a todas horas una multitud ingente. En Nueva York, intenté explicarles, siempre hay alguien que te oye gritar. Y mejor aún era vivir en un edificio con portero, una ventaja maravillosa en una ciudad que nunca dormía. Allí estaba yo, en el Upper West Side de Manhattan, rodeada por millones de personas sin que ninguna de ellas pudiera llegar hasta mí si yo no quería.

Bob, el portero, llamaba por el intercomunicador y sabía que, si yo no contestaba, era porque no quería ver a nadie, pasara lo que pasara. Me traía personalmente la comida que yo encargaba por teléfono, porque se compadecía de la loca del 11 G y porque en fiestas le daba el triple de propina de lo que le daban los demás. De hecho, podía quedarme en casa todo el día, toda la sema-

na, y encargar que me trajeran la comida y que me hicieran todos los recados. Tenía una potente conexión wifi y había contratado un servicio *premium* de televisión por cable. No había nada que no pudiera hacer desde la intimidad del apartamento de tres habitaciones que había comprado con ayuda de mis padres.

Los primeros años habían sido una locura en sentido literal y figurado, pero gracias a mis cinco sesiones semanales con la doctora Simmons, la terapeuta que nos habían asignado, pude regresar a la universidad, conseguir trabajo y desenvolverme pasablemente en el mundo real. Pero con el paso del tiempo, al estancarse la relación con mi psiquiatra, descubrí que podía avanzar sólo hasta cierto punto.

Después empecé a retroceder. A atrincherarme de nuevo. Despacio, imperceptiblemente. Hasta que llegó un momento en que cada vez me costaba más salir de mi apartamento. Prefería quedarme sencillamente a salvo en mi crisálida, en medio de un mundo que me parecía fuera de control. Un mundo cuyas perversidades me hacían más mella cada día, a medida que las documentaba sirviéndome de programas informáticos cada vez más sofisticados.

Luego, un día, sonó el timbre y Bob dijo que no era una entrega, sino un hombre de carne y hueso. Alguien de mi pasado. No debería haberle dejado subir, pero sentía que le debía al menos eso a aquella persona en especial. Así fue como empezó todo otra vez.

—Caroline —dijo el agente McCordy tocando a mi puerta mientras, al otro lado, yo permanecía clavada en el sitio.

Hacía dos años que no hablaba con él, desde que llegó la última carta, y no estaba preparada para recibir noticias de aquella otra vida.

Fue al llegar esa última carta de la prisión cuando dejé de salir por completo de casa. El solo hecho de tocar algo que él había tocado, de leer algo que había pensado, bastó para arrojarme de nuevo a aquel círculo de miedo y desesperación que creía haber

dejado atrás. En aquel momento la doctora Simmons comenzó a atenderme en casa. Después, durante el primer mes, aunque ella no lo dijera yo sabía que me mantenía vigilada como si estuviera casi al borde del suicidio. Vino mi madre. Mi padre llamaba todas las noches. Me sentí invadida. Y allí estaba, empezando todo de nuevo otra vez.

—Caroline, ¿puedes abrir?

—Sarah —le corregí a través de la puerta, molesta por que estuviera siguiendo el protocolo, usando aquel otro nombre, el que yo reservaba para el mundo exterior.

—Perdona. Sarah, quería decir. ¿Puedes dejarme entrar?

—¿Traes otra carta?

—Necesito hablar contigo sobre un asunto más importante, Caro... Sarah. Sé que la doctora Simmons ya te ha hablado un poco de ello. Me ha dicho que podía pasarme por aquí.

—No quiero hablar de eso. No estoy preparada.

Me quedé callada, pero luego, con la sensación de que era inevitable, descorrí metódicamente los tres cerrojos y la cerradura de la puerta. La abrí despacio. Allí estaba él, con la insignia en la mano, bien abierta para que yo la viera. Sabía que querría confirmar que seguía perteneciendo a la policía. Eso me hizo sonreír. Luego crucé los brazos a la defensiva, se borró mi sonrisa y di un paso atrás.

—¿Por qué tengo que ser yo?

Di media vuelta y me siguió al interior de la habitación. Nos sentamos el uno frente al otro, pero no le ofrecí nada de beber por miedo a que se pusiera cómodo y se quedara un rato. Miró a su alrededor.

—Impecable —dijo con una lenta sonrisa—. No has cambiado nada, Sarah.

Sacó su cuaderno y su bolígrafo y los colocó con cuidado sobre la mesa baja, en un perfecto ángulo de noventa grados.

—Tú tampoco —contesté, fijándome en su precisión.

Sonreí otra vez, a mi pesar.

—Ya sabes por qué tienes que ser tú —comenzó a decir lentamente—. Y también sabes por qué tiene que ser ahora. Ha llegado el momento.

—¿Cuándo es?

—Dentro de cuatro meses. He venido con tiempo para prepararte. Podemos hacerlo juntos. Te acompañaremos cada paso del camino. No estarás sola.

—Pero ¿y Christine? ¿Y Tracy?

—Christine no quiere hablar con nosotros. Tampoco quiere hablar con su trabajadora social. Se ha desvinculado por completo. Está casada con un agente financiero que no sabe nada de su pasado, ni siquiera sabe su verdadero nombre. Tiene un apartamento en Park Avenue y dos hijas. Una ha empezado preescolar este año en el Colegio Episcopal. No quiere saber nada de este asunto.

Yo tenía una vaga idea de la vida que llevaba Christine, pero me costaba creer que hubiera logrado cercenar tan radicalmente aquella experiencia, aislarla y extirparla como el cáncer que era.

No debería haberme extrañado teniendo en cuenta que fue ella quien propuso que cambiáramos de identidad cuando vimos que el interés de la prensa por nuestra historia no remitía. Salió de la comisaría con paso decidido, como si no hubiera pasado dos años muerta de hambre y tres llorando encogida en un rincón. No miró atrás. No se despidió de Tracy ni de mí, no se derrumbó como hizo Tracy, no bajó la cabeza derrotada, vapuleada por años de humillación y dolor. Sencillamente echó a andar.

Después de aquello sólo supimos de ella a grandes rasgos por la trabajadora social que nos visitaba a todas y que cada año intentaba convencernos de que nos reuniéramos con la cuestionable teoría de que podíamos ayudarnos mutuamente a recuperarnos. Christine respondía invariablemente que ella ya se había recuperado, gracias y adiós.

—Tracy, entonces.

—Tracy va a venir, pero tienes que entender que no puede ser ella sola.

—¿Por qué no? Es una persona equilibrada, inteligente, elocuente... Hasta podría considerársela una especie de pequeña empresaria. ¿No es lo suficientemente formal?

Él se rió.

—Supongo que es un miembro productivo de la sociedad, pero no es precisamente la tendera de la esquina. Más bien, la militante feminista radical de la esquina. Y como ese fanzine que publica se centra en la violencia contra las mujeres, podría parecer que la mueven sus propios intereses.

»Y sí —añadió—, es elocuente. Más le vale, después de tantos años en la universidad. Pero en estas circunstancias seguramente tomaría una postura ofensiva. No inspira precisamente la lástima que queremos que sienta la junta de evaluación penitenciaria. Eso por no hablar de que lleva la cabeza afeitada y cuarenta y un tatuajes.

—¿Cómo...?

—Se lo pregunté. No los he contado. —Hizo una pausa—. Carol...

—¡Sarah!

—Sarah, ¿cuándo fue la última vez que saliste de este apartamento?

—¿Qué quieres decir? —Volví la cara. Recorrí con la mirada aquella joya de antes de la guerra, toda bañada de blanco, como si en cierto modo compartiera mi mala conciencia. Un pequeño paraíso hecho por mí—. Es tan bonito... ¿Por qué iba a querer salir?

—Tú sabes lo que quiero decir. ¿Cuándo fue la última vez que saliste a la calle? Para ir a cualquier parte. Para dar una vuelta por el barrio. Para tomar el aire. Para hacer ejercicio.

—Abro las ventanas. A veces. Y hago ejercicio. Ya sabes, aquí.

Miré a mi alrededor. Todas las ventanas estaban cerradas y aseguradas, a pesar de que fuera hacía un precioso día de primavera.

—¿Lo sabe la doctora Simmons?

—Sí, lo sabe. Dice que no quiere «empujarme más allá de mis propios límites», o algo parecido. Descuida, la doctora Simmons está al tanto de todo. Sabe mi número. Y mis datos, por llamarlos de alguna forma: TOC, agorafobia, hafefobia, síndrome de estrés postraumático... Sigo viéndola tres veces por semana. Sí, la veo aquí, en este apartamento, no me mires así. Pero soy una persona respetable, con un trabajo estable y una casa preciosa, ¿sabes? Estoy bien. Podría ser mucho peor.

Jim se quedó mirándome un minuto compasivamente. Aparté la mirada, un poco avergonzada de mí misma por primera vez desde hacía tiempo. Cuando volvió a hablar, su tono sonó serio de nuevo:

—Sarah —dijo—, hay otra carta.

—Mándamela —contesté con una vehemencia que nos sorprendió a los dos.

—La doctora Simmons no está segura de que sea buena idea. No quería que te lo dijera.

—Es mía. Va dirigida a mí, ¿no? Así que tienes que enviármela. ¿No es lo que manda la ley federal?

Me levanté y empecé a pasearme por la habitación mordíendome la uña del pulgar.

—Ni siquiera tiene sentido —comenzó a decir él—. Son divagaciones tuyas otra vez. Sobre su esposa, principalmente.

—No dudo de que sea absurda. Todas lo son. Pero algún día se descuidará y habrá alguna pista. Me dirá dónde está el cuerpo. No literalmente, pero se le escapará algo, algo que me diga dónde buscar.

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Cómo la buscarías? Ni siquiera sales del apartamento. Ni siquiera quieres testificar en la vista para decidir si le dan la condicional.

—Pero ¿qué clase de loca se casa con un tipo así, de todos modos? —dije, haciendo oídos sordos mientras apretaba el paso—. ¿Quiénes son esas mujeres que escriben cartas a presidiarios? ¿Es

que en el fondo quieren que las encadenen, que las torturen y las asesinen? ¿Quieren acercarse lo bastante al fuego para abrasarse?

—Bueno, por lo visto le dieron su nombre en la parroquia. Lo organizaron todo ellos, como una especie de misión piadosa. Según dicen él y su abogado, la cosa funcionó. Según ellos, es un verdadero creyente.

—¿Y tú te lo crees?

Meneó la cabeza mientras yo añadía:

—Estoy segura de que ella será la primera en lamentarlo cuando él salga de la cárcel.

Rodeé el sofá, me senté y apoyé la cabeza en las manos. Suspiré.

—Ni siquiera puedo apiadarme de esa persona. Menuda idiota.

En circunstancias normales, estoy segura de que Jim me habría palmeado el hombro, o quizás incluso me habría enlazado con el brazo. Gestos de consuelo normales. Pero sabía que no debía hacerlo. Se quedó donde estaba.

—Verás, Sarah, tú no te crees que haya sufrido una conversión religiosa, ni yo tampoco. Pero ¿y si la junta de evaluación sí se lo cree? ¿Y si ese tipo sólo cumple diez años por teneros a todas encerradas y... matar a una de vosotras? Diez años. ¿Te parece suficiente? ¿Es suficiente por lo que te hizo?

Me aparté de él para que no viera que se me estaban saltando las lágrimas.

—Sigue siendo dueño de la casa —añadió—. Si sale, se irá derecho a ella. A esa casa. Dentro de cuatro meses. Con su mujercita baptista del Sur a la zaga.

Jim se removió en su asiento y se inclinó hacia delante, cambiando de táctica.

—Tu mejor amiga, Sarah. Tu mejor amiga. Hazlo por Jennifer.

Yo ya no podía impedir que las compuertas se desbordaran. No quería que me viera llorar, así que me puse de pie y me fui rápidamente a la cocina para beber un poco de agua. Tuve el

grifo abierto un minuto entero mientras me reponía. Me agarré con tanta fuerza al borde del fregadero que mis nudillos se veían tan blancos como la fría porcelana de debajo de mis dedos. Cuando volví, Jim estaba levantándose para marcharse. Recogió despacio sus cosas y las guardó una por una en su maletín.

—Siento presionarte, Sarah. A la doctora Simmons no va a gustarle, pero necesitamos que declares como víctima. Sin ti, me preocupa la vista. Sé que te fallamos. Yo te fallé. Sé que la acusación de secuestro era insuficiente teniendo en cuenta todo lo que hizo. Al final no encontramos pruebas para acusarlo de asesinato. Sin cadáver y con pruebas de ADN que estaban... contaminadas... Pero tenemos que asegurarnos de que cumple al menos toda la condena. No podemos correr ningún riesgo en ese sentido.

—No fue culpa tuya. Fue el labo... —comencé a decir.

—Era mi caso, así que fue culpa mía. Y créeme, he estado pagándolo desde entonces. Vamos a pasar por esto de una vez y a dejarlo atrás.

Para él era fácil decirlo. Yo estaba segura de que eso era justamente lo que quería: dejar atrás aquel embrollo. El mayor error de su carrera. Para mí era un poco más difícil.

Levantó su tarjeta, pero la rehusé con un gesto. Tenía su número.

—Te ayudaré a prepararte aquí, en tu apartamento. Donde tú quieras. Te necesitamos.

—¿Y Tracy también irá?

—Sí, irá, pero...

Miró hacia la ventana, avergonzado.

—Pero ha puesto como condición no tener que verme, ni hablarme, ni quedarse a solas conmigo, ¿verdad?

Jim titubeó. No quería decirlo, pero se lo noté de todos modos.

—Puedes decirlo, Jim. Sé que me odia. Dilo.

—Sí, ha puesto esa condición.

—De acuerdo. De acuerdo, me lo pensaré, no simplemente «de acuerdo».

—Gracias, Sarah. —Sacó un sobre abierto de su cuaderno y lo dejó sobre la mesa—. La carta. Tienes razón, es tuya. Aquí la tienes. Pero, por favor, habla con la doctora Simmons antes de leerla.

Se acercó a la puerta. Sabía que no debía intentar estrecharme la mano. Se despidió de mí agitando rápidamente la suya desde el otro lado de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido al salir. Luego se quedó un momento fuera, esperando a que corriera los cerrojos. Cuando oyó el último *clic*, se marchó. Me conocía bien.